

GRACIAS POR TRAMITAR

Eduardo Huchín Sosa*

Entender las hojas que envían las secretarías de Estado a nuestros hogares produce más dolores de cabeza que resolver el problema de la cuadratura del círculo.

Nuestra lectura de los citatorios oficiales precisa de, por lo menos, un curso básico sobre criptografía de la burocracia; pero, además, como requerimientos implacables, presagian una catástrofe sin sentido. Tal condición kafkiana me quedó más que clara el jueves que asistí a una secretaría para un trámite de regular importancia.

1. Dos esferas del infierno le faltaron enumerar a Dante: el salón de secundaria de una escuela católica y la oficina amueblada del licenciado Pereda.

—Mi estimado: existe un pequeño problema para dar continuidad a su papeleo. Aquí dice que su señor abuelo era Justo Sierra.

Hay momentos en la vida en que uno desearía creer que el destino está en manos de Dios y no del funcionario que revisa nuestra acta de nacimiento.

—Pero eso es absurdo —respondo.

—Absurdo o no, eso lo obliga a donar las llaves de su casa para el nuevo busto que pensamos colocar en la escuela que lleva su ilustre nombre... Me refiero al nombre de su abuelo, no al de usted.

—Evidentemente se trata de una equivocación.

—Sí, yo también quisiera creer que usted actúa de buena fe, pero los documentos son sagrados, sobre todo cuando tienen errores que ameriten una cuota voluntaria. Sin embargo...



Foto: Xavieta Verónica García Durán

—¿Qué?

—Conozco a una persona que le puede ayudar. Se apellida Góngora y trabaja en el edificio de enfrente. Vaya a verlo. Ah, una cosa más: por ningún motivo mencione mi nombre.

2. Mi idea del averno tiene mucho que ver con la imagen de un inmueble gubernamental: un edificio integrado por pequeños cubículos de torturas particulares.

* Nació en la ciudad de Campeche en 1979. Es músico, poeta, narrador y ensayista. Estudió literatura en la Universidad Autónoma de Campeche. Ha publicado sus poemas y ensayos en periódicos y revistas locales. Tiene un poemario inédito "Obra suspendida" y en breve publicará su primer libro: *¿Escribes o trabajas?* (ensayos).



Góngora es un tipo robusto y con bigote. Se encuentra rodeado de papeles que esperan a que él les eche un vistazo. Tiene una secretaria obesa que se llama Nicté, más inexpresiva que una cabeza olmeca.

—Su problema es de lo más común en esta dependencia —dice—. Para que usted se dé una idea: yo desde niño sabía que mi abuelo se llamaba Augusto y que por eso tenía yo ese nombre. Pues hace dos años descubrimos que su verdadero nombre es Armando. Y eso no es lo peor: mi abuela Antonia resultó llamarse Josefina. Mi tío Lucio se llama realmente Rafael. Mi esposa no es Ifigenia, sino Eugenia. Imagínese usted qué complicado se ha vuelto el asunto que ya ni mis hijos me dicen “papá”.

Después de un viaje alucinante por su historia familiar, Góngora me pide que redacte un oficio dirigido a su persona y firmado por tres testigos con los que yo no comparto ningún parentesco, que vaya con el contador Josué a solicitar una estimación pecuniaria del trámite y que vuelva con todo a las dos. Me acompaña hasta la puerta. Antes de abandonar aquel piso, se me ocurre preguntarle a Nicté por el nombre completo de su jefe.

—Sinceramente no lo sé. Aquí todos lo conocemos simplemente por “el ingeniero”.

3. Camino por corredores laberínticos que parecen no llevar a ninguna parte. Encuentro la puerta correcta. Decepción: el contador Josué no está en su oficina porque se encuentra tomando una terapia psicológica.

—Figúrese que aquí lo conocemos como *el Rey de las terapias* —me confiesa un empleado—. Últimamen-

te anda muy asustado porque dice que lo persigue un espíritu sodomita llamado Natanael.

Regreso de inmediato a ver a Pereda. Lo encuentro en un rincón del cuarto, hablando en voz baja con el payaso *Cotonete*. Cuando por fin puede atenderme, se excusa:

—Disculpe. Es que estoy preparando la fiesta de cumpleaños de mi hijo menor.

Le explico las dificultades en que me ha metido su recomendado. Sonríe. Pide por el interfono una taza de café. Aspira el humo de su cigarrillo. Entrelaza sus dedos detrás de la nuca. Exhala. No hay duda: es un “emperador”, alguien capaz de estacionar su automóvil a media calle sólo para bajarse a retirar dinero del cajero.

—Comprendo. En todo caso, necesitará la ayuda de un amigo mío. No será un camino muy legal que digamos, pero su desesperación me ha conmovido. ¿A qué se dedica usted?

—Soy escritor.

—Ya, en serio.

Observa mis ojos al borde del llanto. Convencido acaso de mi respuesta, murmura para sí: “Caramba”. Escribe mis datos en un papelito.

—El amigo del que le hablo se llama Tannhäuser Medina.

4. Un individuo que tiene el nombre de una ópera de Wagner tiende a ser sospechoso y más cuando nos habla al celular para citarnos en la barra de una cantina.

—Usted no me conoce y no trate por ningún medio de investigar quién soy yo. Deje sus papeles con Eleuterio, el dueño del tugurio. Y por favor, pague

por adelantado tres cervezas que voy a pedir.

Contesto como una señorita con escrúpulos:

—Pero es que quisiera saber más de usted.

—Sólo haga lo que le dije.

Asisto a la cantina indicada. Me recibe un hombre corpulento de patillas prominentes. Ordeno un vodka "de caballero". Coloco en la mesa mi carpeta con documentos y un sobre lleno de dinero. El tipo aquél sonríe mientras recibe el paquete.

Diez policías uniformados toman por sorpresa el bar. Tienen la orden de arrestar al dueño por vender licor adulterado y a los asistentes, por concertar tratos fuera de la ley. A lo lejos se escuchan gritos y ruido de golpes. Me aprehenden en el preciso instante en que intento recobrar mis papeles. Es decir, mientras azoto al tal Eleuterio contra la caja registradora.

5. El licenciado Pereda me observa como si yo acabara de asesinar a Gandhi. Recorre los amplios espacios de su oficina mientras acaricia lentamente una botella de whisky. Afuera hay más personas que en una terminal de autobuses, pero a él parece no



importarle. Su andar es sigiloso: da la impresión de estar reflexionando sobre *El ser y la nada*. Por fin habla:

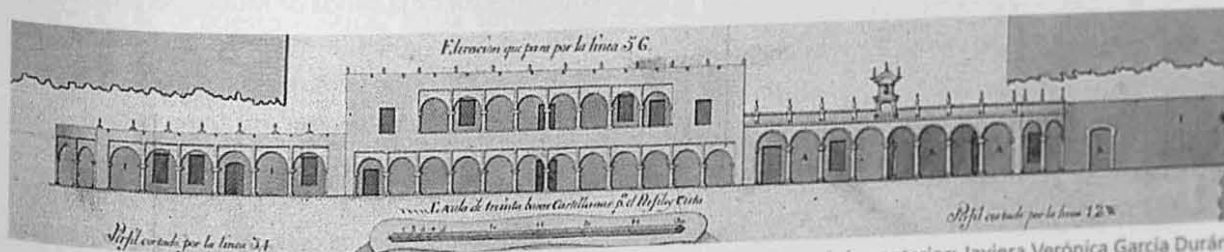
—Su situación se complica, señor poeta. No sólo su abuelo sigue siendo Justo Sierra, sino que su declaración en el ministerio público ha sido sumamente comprometedora. Lo más sano que puede hacer usted es

dejar todos sus trámites por la paz y encomendarse a una "macumba brasileira". Conozco a un brujo que le puede dar este último servicio.

Desde luego que en respuesta guardo todo el silencio de que soy capaz.

Me retiro, no sin antes obsequiar una mirada última a ese universo de papeles irresolubles. Pienso en el escritor Bret Easton Ellis y en su más célebre novela: ignoro por qué la palabra "burópata" me viene a la mente. Bajo las escaleras con el amargo sabor de quien ha perdido una patria potestad. Alguien se acerca y me pregunta por una dependencia que desconozco. Su voz me aturde y contesto sin pensar:

—A la derecha, en la tercera puerta; pregunte por el licenciado Pereda. ●



Fotos superior y página anterior: Javiera Verónica García Durán